

considerable influencia de la literatura rusa sobre la de Checo-Eslovaquia antes de la guerra. No se puede menos de atribuir al carácter visionario y a la necesidad de introspección del alma eslava, así como a la influencia rusa en general, el tono ordinariamente pesimista de la literatura checa, que contrasta tan extrañamente con el punto de vista tan optimista del pueblo, en la vida ordinaria, en la política y en todas las cuestiones prácticas.»

Traducción y adaptación para *Atenea* por R. M O N D R Í A.

La formación de una élite científica

AL VOLVER del Perú, del Brasil, de otras tierras de América, donde dió elegantes lecciones y señaló derroteros, M. Paul Fauconnet, profesor de la Sorbona, sociólogo y educador, discípulo de Durkheim, parece haberse planteado el problema capital. ¿Puede crear ciencia el Nuevo Mundo indo-hispano, hispano-latino, contribuir al acervo científico de los grandes pueblos de Occidente con estudios originales, o vivirá siempre sin influencia, lejos de las grandes rutas del progreso intelectual, entregado a copiar, a vulgarizar, a comentar? En reciente e interesante conversación me confesaba el maestro su preocupación, que nace no ciertamente de que falten, más allá del Atlántico, mentes claras, sino de que es hasta ahora deficiente la preparación en los centros pedagógicos. El sudamericano, de ingenio agudo y ágil, ingresa en colegios, en universidades, y no topa allí con verdaderos maestros. Se dan excepciones y ante ellas nos inclinamos. Pero, en general, el profesor repite el texto donde está encerrada su enseñanza. No se siente capacitado para armar la inteligencia del educando con eficaces instrumentos, para despertar en él la reflexión. Siguiendo a Montaigne podríamos decir que la cabeza se llena de nociones y el entendimiento permanece inactivo. Programas ambiciosos pretenden cultivar la memoria y en realidad la fatigan. El viajero europeo elogia fervorosamente el esfuerzo realizado en tal o cual ciudad contra esas tendencias y se propone corregir errores, encauzar la actividad un tanto dispersa, aquistar lo fundamental.

Más de una generación ha sufrido en América de la autodidactia, preparación tardía y personal, fuera de las escuelas, renovación de los estudios por cuenta propia. Muchachos ambiciosos y ricos de dones descubrían, después de obtener diplo-

mas de suficiencia; que habían perdido años de esfuerzo y debían olvidar lo aprendido. Se ponían entonces a leer en desorden y apresuradamente para adquirir al fin ideas claras. ¿Qué se les había ofrecido desde cátedras ambiciosas? Como decía Heine, el papel moneda de las definiciones y de las abstracciones pero no el oro de las realidades. No leyó los clásicos pero sí historias de la literatura. No descifró el sentido de textos filosóficos y devoró exposiciones de segunda o de tercera mano. En gruesos volúmenes, alejado de la naturaleza y del laboratorio, aprendió botánica y física.

En verdad no podemos exigir originalidad de quienes fueron formados en tan arcaicas escuelas. Sin embargo, no solamente M. Fauconnet sino otros profesores viandantes, han descubierto novedad en algunos dominios a que se consagran con predilección las inteligencias en el Nuevo Mundo. Han elogiado a notables médicos, a arqueólogos excelentes. Sabemos que, de regreso del Brasil y de la Argentina, el ilustre profesor francés Jean Louis Faure ha declarado que pueden emparejarse los cirujanos de ultramar con los mejores de Europa. La ciencia aplicada se desarrolla con más seguridad, con más rapidez que la ciencia desinteresada, en armonía con el pragmatismo implícito o declarado de naciones infantiles.

No creo que deba limitarse el esfuerzo castizo a la técnica o a dominios donde la ciencia y la utilidad se maridan. En el seno de los pueblos hispano-americanos que se enriquecen, donde parece sólido el basamento material, no puede ceñirse el empeño de los mejores espíritus al estrecho *primum vivere*. Ha llegado la época de abrir templos a la ciencia pura; de filosofar y trovar con libertad. Conviene preparar los caminos al que vendrá, de tal manera que si aparece una individualidad señera en nuestro horizonte espiritual, halle todos los elementos de trabajo que le sean necesarios. El genio necesita desarrollarse con plenitud. Aun para inteligencias menos poderosas precisa fundar laboratorios, crear bibliotecas donde esté reunido y clasificado el moderno stock científico, formar un ambiente propicio a la meditación. Así se evitará que emigren, por falta de medio adecuado, los ingenios ambiciosos.

Consideraba yo en otra época que bastaba llevar profesores a nuestras repúblicas para suscitar la renovación esperada. Me parecía que la fundación de seminarios a la alemana pondría término a las deficiencias condenables. M. Fauconnet me ha explicado ahora que esos mismos seminarios, aun bien dotados, no contribuirían a elevar definitivamente el nivel intelectual de cada pueblo, si no pueden ser formados en ellos futuros maes-

tros nacionales. Imaginemos, en efecto, que eminentes profesores visitan anualmente nuestras ciudades; mas aún, que se instalan en nuestras universidades, como ha sucedido en diversas épocas, emisarios del saber europeo. Será estéril su esfuerzo si no se sienten atraídos sus discípulos por la carrera del magisterio, si no se ofrece a éstos un privilegio capital, a saber: la posibilidad de consagrar su esfuerzo entero a la enseñanza, sin vacar a otras tareas ni dispersar su actividad. Han de ser, en el sentido europeo o norteamericano del término, profesores de *full time*, de posición modesta y segura. Recibiendo sueldos que le permitan consagrarse exclusivamente a la enseñanza, formarán, por una parte, alumnos distinguidos y, por otra, realizarán obra personal.

Es evidente que no podemos confiar la creación de este personal al gobierno empeñado en otras tareas. Nos hemos acostumbrado a recibir todos los bienes del Estado: protección a las industrias, creación de caminos, estímulo al arte, sostenimiento de las universidades. Junto a la acción oficial, y en generosa emulación con ella, cabe la intervención del ciudadano enriquecido. De Estados Unidos, democracia ejemplar, imitamos costumbres, adoptamos una concepción de la existencia que se opone a algunas de nuestras aficiones. ¿Por qué no seguirles en un orden donde prevalecen sin esfuerzo? Conquistaban riquezas, olvidando, a veces, en dura batalla zoológica, la mesura y la justicia; pero no se consideran propietarios a usanza romana de los bienes adquiridos. Para los multimillonarios la propiedad es una función sobre la cual gravitan deberes precisos. Trabajan en favor del procomún, ofrecen a la colectividad dones; con magnífico patriotismo, enriquecen a universidades existentes o crean nuevos institutos, fundan obras de interés ecuménico. Urge rivalizar con ellos, porque es singular que les acusemos de egoísmo y pretendamos superarles al mismo tiempo que conservamos en arcas celosas nuestra fortuna. Una clase social preocupada por los intereses de la cultura y de la nación puede crear cátedras y colegios, aguijar la actividad intelectual con premios adecuados, libertar de cuidados menores a los maestros de mañana.

Necesitamos en todos los órdenes una *élite*. Sin ella no sólo sufren estagnación las democracias sino que avanzan, en triste marcha, hacia el caos. Donde faltan instituciones y tradiciones como en los pueblos mozos de América, sólo la actividad de una minoría ilustrada y vigilante, de una aristocracia, en el clásico sentido del vocablo, o sea, la asociación de los mejores, puede hacer prosperar al país, evitar la incultura, llevar ciencia a donde

reina el empirismo, defender y prohiar la especulación libre y desinteresada. No olvidemos que en la política quirúrgica, cuyo plan trazó con energía el gran reformador español Joaquín Costa, figuraba en primer término la formación de esa *élite*, que ha de ser, decía, bajo la inspiración o dirección del gobernante, el personal auxiliar indispensable, el brazo ejecutor en educación, en instrucción técnica, en administración de justicia, en higiene pública, en legislación social, en ejército, en diplomacia, en instituciones de previsión, en policía de las subsistencias, a fin de «poner a alta presión y lanzar a gran velocidad la máquina nacional».—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Más sobre la novela

SENÑOR don Abel Valdés A.—Mi estimado amigo: Su carta del 4 de Julio, aunque contiene serios reparos a mi ensayo *Novela, estilo y teatro*, es generosa y cordial. Me es muy satisfactorio comprobar que hay en Chile algunos espíritus a los cuales el diálogo artístico no es extraño y que seguramente lo practicarían con gusto si las oportunidades se les ofrecieran con mayor largueza.

Mi división de la novela en presentativa y narrativa tiene, como todas las divisiones, inconvenientes serios. No se me oculta. Permítame adicionarla con algunas notas. ¿Ha observado Ud. en las palomas cómo es de sutil la gradación de los matices de las plumas? Hay palomas cuya cabeza alcanza un tono pizarroso, muy rico, que llega a tener toda la profundidad del negro sin tener, en cambio, su total tiniebla. Pues bien, ese color se va degradando por tonalidades casi imperceptibles hasta llegar, en el pecho o en las alas, a un blanco puro como el de la sal. Esa maravilla que nos brinda la naturaleza, acaso perdida entre tantas otras, me sirve para explicar ahora una hipótesis tal vez aventurada.

La novela abarca una gama amplísima de matices, desde el pizarra negruzco del estilo narrativo hasta el blanco absoluto del presentativo. Ud. dice que esos matices son tantos como novelistas de talento haya. Tal vez no. Los escritores parecidos entre sí son mucho más numerosos de lo que podemos imaginar. Infinitamente más que lo que esos mismos escritores pudiesen suponer. Lo que el escritor pone de personal en la no-